

aquellos caballeros muertos, que no podía en sí tornar; mas él le dijo: «Muy mas espantosa é cruel es aquella muerte que yo por vos padezco; é, Señora, doledvos de mí, é acordáos de lo que me teneis prometido; que si hasta aquí me sostuve, no es por al, sino creyendo que no era mas en vuestra mano ni poder de me dar mas de lo que me daba. Mas si de aquí adelante, viéndoos, Señora, en tanta libertad, no me acorriésedes, ya no bastaría ninguna cosa que la vida sostener me pudiese; antes sería fenecida con la mas rabiosa esperanza que nunca persona murió.» Oriana le dijo: «Por buena fe, amigo, nunca, si yo puedo, por mi causa vos seréis en ese peligro. Yo haré lo que quereis, é vos haced como, aunque aquí yerro ó pecado parezca, no lo sea ante Dios.»

Así andovieron tres leguas hasta entrar en un bosque muy espeso de árboles, que cabe una villa cuanto una legua estaba. A Oriana prendió gran sueño, como quien no había dormido ninguna cosa la noche pasada, é dijo: «Amigo, tan gran sueño me viene, que me no puedo sufrir.—Señora, dijo él, vamos aquel valle é dormiréis.» E desviando de la carrera, se fueron al valle, donde hallaron un pequeño arroyo de agua é yerba verde muy fresca; allí descendió Amadís á su señora é dijo: «Señora, la siesta entra muy caliente; aquí dormiréis hasta que venga la fría; y en tanto enviaré á Gandalin aquella villa, é traernos ha con que refresquemos.—Vaya, dijo Oriana; mas ¿quién gelo dará?» Dijo Amadís: «Dárgelo han sobre aquel caballo, é venirse á pié.—No será así, dijo Oriana; mas lleve este mi anillo, que ya nunca nos tanto como agora valdrá.» E sacándolo del dedo, lo dió á Gandalin; y cuando él se iba dijo paso contra Amadís: «Señor, quien buen tiempo tiene é lo pierde, tarde lo cobra.» E esto dicho, luego se fué. E Amadís entendió bien por qué lo él decía. Oriana se acostó en el manto de la doncella en tanto que Amadís se desarmaba, que bien menester lo había; y como desarmado fué, la doncella se entró á dormir en unas matas espesas, é Amadís tornó á su señora, é cuando así la vió tan hermosa y en su poder, habiéndole ella otorgado su voluntad, fué tan turbado de placer é de empacho, que solo mirar no la osaba; así que, se puede bien decir que en aquella verde yerba, encima de aquel manto, mas por la gracia é comedimiento de Oriana que por la desenvoltura ni osadía de Amadís, fué fecha dueña la mas hermosa doncella del mundo; é creyendo con ello las sus encendidas llamas resfriar, aumentándose en muy mayor cantidad, mas ardientes é con mas fuerza quedaron, así como en los sanos é verdaderos amores acaescer suele. Así estuvieron de consuno con aquellos autos amorosos cuales pensar é sentir puede aquel é aquella que de semejante saeta sus corazones heridos son, hasta que el empacho de la venida de Gandalin hizo á Amadís levantar, é llamando la Doncella, dieron buena orden de aderezar cómo comiesen, que bien les hacia menester; donde, aunque los muchos servidores é las grandes vajillas de oro é de plata allí faltaron, no quitaron aquel dulce é gran placer que en la comida sobre la yerba hobieron. Mas así como oides estaban estos dos amantes en aquella floresta con tal vida cual nunca á

placer del uno é del otro dejaba fuera, si la pudieran sin empacho é gran vergüenza sostener.

Donde los dejarémos holgar é descansar, é contarémos qué le avino á don Galaor en la demanda del Rey.

CAPITULO XXXVI.

Cómo don Galaor libertó al rey Lisuarte de la prision en que traídoramente lo llevaban.

Partido don Galaor de Amadís, su hermano, como ya oistes, entró en el camino por donde llevaban al Rey, é cuidóse de andar cuanto mas pudo, como aquel que había grande cuita de los alcanzar; é no tenía mientes en cosa que viese, sino en su rastro; é así anduvo hasta hora de vísperas, que entró en un valle, é halló en él la huella de los caballos donde habían parado. Entonces siguió aquel rastro cuanto el caballo lo podía llevar, que le pareció que no podían ir lueño; mas no tardó mucho que vió ante sí un caballero todo bien armado en un buen caballo, que á él salió é le dijo: «Estad, señor caballero, é decidme qué cuita os hace así correr.—Por Dios, dijo Galaor, dejadme de vuestra pregunta; que me detengo con vos, en que mucho mal puede venir.—; Por santa María! dijo el caballero, no pasaréis de aquí hasta que me lo digais ó vos combatais conmigo.» É Galaor no hacia en esto sino irse; y el caballero del valle le dijo: «Cierito, caballero, vos fuides habiendo hecho algun mal, é agora vos guardad; que saberlo quiero.» Entonces fué á él con su lanza bajada, y el caballo al mas correr. Galaor tornó, mas echado el escudo á las espaldas; cuando lo sintió cerca de sí sacó ahína el caballo de la carrera é apartóse, y el caballero no lo pudo encontrar, antes pasó tan recio por él como quien traía el caballo valiente é folgado; é así fué una pieza ante Galaor, é tornó á él, tomando la lanza á sobre mano, é dijole: «Ay caballero malo é cobarde, no te me puedes mamparar por ninguna guisa que me no digas lo que te demando, ó morirás.» Entonces fué para él muy recio; é Galaor, que el caballo mas diestro traía, guardóse del encuentro, é no hacia sino ir adelante cuanto podía andar. El caballero, que su caballo tan presto tener no pudo, cuando tornó vió que Galaor se le había alongado gran pieza, é dijo: «Si me Dios ayude, no me vos iréis así.» Y él, que sabía bien la tierra, tomó por un atajo é fuésele poner en un paso. Galaor, que lo vió, mucho le pesó, y el caballero le dijo: «Cobarde, malo, sin corazon, agora escoged de tres cosas cual quisiédes: ó que os combatais, ó vos tornad, ó me decid lo que os pregunto.—De cualquier me pesa, dijo Galaor; mas no haceis como cortés, que yo no me tornaré, é si me combatiere, no será á mi placer; mas si quereis saber la priesa que llevo, seguidme y verlo heis, porque me determina mucho en vos lo contar, é á la cima no me creeríades; tanto es de mala ventura.—En el nombre de Dios, dijo el caballero, agora pasad, é dígovos que no iréis este tercero día sin mí.» Galaor pasó adelante, y el caballero en pos dél; é cuando á media legua de aquel lugar fueron, vieron andar un caballero á pié todo armado tras un caballo de que cayera, é otro caballero que dél se partía, que se iba á mas andar; y el caballero que iba con don Galaor conoció al caballero der-

ribado, que era su primo cohermano, é fué ahína le tomar el caballo, é dióselo, diciendo: «¿Qué fué esto, señor cohermano?» é dijo: «Yo iba cuidando en lo que vos sabeis; así que, solo en mí no paraba mientes, é no caté sino cuando me dió aquel caballero que allá va una lanzada en el escudo tal, que el caballo hinojó conmigo, é yo caí en tierra y el caballo fuyó; mas luego puse mano á la espada é llamélo á la batalla, pero no quiso venir, antes me dijo que otra vez fuese mas acordado en responder cuando me llamasen; é por la fe que debeis á Dios, dijo él, vayamos tras él, si lo haber pudiéremos, é veréis cómo me vengo.—Eso no puedo yo hacer, dijo el cohermano; que este tercero día he de aguardar aquel caballero tras quien vó.» E contóle cuanto con él le aviniera. «Cierito, dijo el caballero, ó él es el mas cobarde del mundo, ó va acometer algun gran hecho, porque se así guarda, é quiero dejar la venganza de mi injuria por ver lo que averná deste pleito.»

En esto vieron ir á Galaor lueño, que él no hacia sino andar, é los dos cohermanos se fueron en pos dél; é á esta hora era ya cerca de la noche. Galaor entró en una floresta, é con la noche perdió el rastro, é no sabía á cuál parte ir. Estonces comenzó á pedir merced á Dios que lo guiase en tal manera, que fuese el primero que aquel socorro hiciese, et cuidando que los caballeros se desviarían con el Rey á alguna parte á dormir, anduvo escuchando de un cabo y de otro por unos valles, mas no oía nada. Los dos cohermanos, que lo seguían, cuidaban que por el camino iba; mas cuanto anduvieron fasta una legua salieron de la floresta é no le vieron; é creyendo que se les escondiera, fueron á albergar á casa de una dueña que hí cerca moraba. Galaor anduvo por la floresta á todas partes, y pensó de pasar la floresta, pues que en ella nada fallaba, é sobir otro día en algun otero alto para mirar la tierra; é tornando al camino que ante llevaba, anduvo tanto, que salió á lo raso, y estonces vió suso por un valle un fuego pequeño, é yendo allá, falló que posaban hí arrieros; é cuando así armado lo vieron, con miedo tomaron lanzas é hachas, é fueron contra él, y él les dijo que se no temiesen de ningun mal, mas que les rogaba que le diesen un poco de cebada para el caballo. Ellos gela dieron, é allí dió de cenar á su caballo; ellos le dijeron si comería; él dijo que no, mas que dormiría un poco que lo despertasen ante que amaneciese.

Entonces eran ya pasadas las dos partes de la noche. Galaor se echó á dormir cabe el fuego así armado, é cuando el alba comenzó á romper levantóse, que no dormía mucho aseogado, como aquel que había gran cuita en no hallar los que buscaba; é cabalgando en su caballo, tomando sus armas, los acomendó á Dios, y ellos á él, que el su escudero no pudo tener con él, y desde allí prometió, si Dios le guardase, de dar á su escudero el mejor caballo; é fuése derecho á un otero alto, é desde allí comenzó de mirar la tierra á todas partes. Estonces salieron los dos cohermanos que en la casa de la dueña albergaran, y esto era ya de día; é vieron á Galaor, é conociéronlo en el escudo, é fueron contra él; mas ellos en moviendo viéronlo decender del otero cuanto su caballo lo podía llevar, y el caballero derribado dijo:

«Ya nos vió é fuye; cierito, yo cuído que por alguna mala ventura anda así fuyendo y encubriéndose; é Dios no me ayude, si lo alcanzar puedo, si delo lo sé á su daño, si lo mereciere, é vayamos tras él.» Mas don Galaor, que muy léjos de su cuidar estaba, viera ya pasar los caballeros un paso que á la salida de la floresta había, é los cinco pasaban adelante, é los otros cinco despues, y en medio dellos iban hombres desarmados, y él cuidó que aquellos eran los que al Rey llevaban, é fué contra ellos tal como aquel que ya su muerte por salvar la vida ajena tenia ofrecido; é seyendo cerca dellos, vio al Rey metido en la cadena, é hobo dél tal pesar, que no dudando la muerte, se dejó correr á los cinco que delante venían é dijo: «; Ay traidores! por vuestro mal posistes mano en el mejor hombre del mundo.» E los cinco vinieron contra él; mas él hirió al primero por los pechos en guisa que el fierro con un pedazo de la asta le salió á las espaldas, é dió con él muerto en tierra; é los otros le firieron tan fuerte, que el caballo hicieron con él hinojar, y el uno le metió la lanza por entre el pecho y el escudo, é perdiéndola, la tomó Galaor, é fué herir al otro con ella en la cuxa de la pierna, é falsóle el arnés é la pierna, y entró la lanza por el caballo; así que, el caballero fué tollido é allí quebró la lanza, é poniendo mano á la espada, vió venir todos los otros contra sí, y él se metió entre ellos tan bravo, que no ha hombre que de verlo no se espantase cómo podía sufrir tantos y tales golpes como le daban; y estando en esta gran priesa y peligro, por ser los caballeros muchos, quisole Dios acorrer con los dos cohermanos que lo seguían, que cuando así lo vieron mucho fueron maravillados de tan gran bondad de caballero, é dijo el que en pos dél iba: «Cierito, sin razon culpábamos aquel de cobarde, é vámosle socorrer en tan gran priesa.—; Quién haría al, dijo el otro, sino acorrer al mejor caballero del mundo? Y no creais que tantos hombres acomete sino por algun gran hecho.» Entonces se dejaron ir á gran correr de los caballos, é fueron los ferir muy bravamente, como aquellos que eran muy esforzados é sabidores de aquel menester, que no había hí tal dellos que no pasase de diez años que fuera caballero andante; é dígoos que el primero había nombre Ladasin el esgremidor, y el otro don Guilan el cuidador, el buen caballero. A esta sazón había ya menester Galaor mucho su ayuda; que el yelmo había tajado por muchos lugares é abollado, y el arnés roto por todas partes, y el caballo llagado, que cerca andaba de caer; mas por eso no dejaba él de hacer maravillas é dar tan grandes golpes á los que alcanzaba; que á duro lo osaban atender; é cuidaba que si su caballo no le falleciese, que le no durarian, que si fin no los matase; mas seyendo llegados los dos cohermanos, como ya oistes, estonces se le paraba á él mejor el pleito; que ellos se combatían tan bien con tan gran esfuerzo, que él se maravilló mucho; é como así se halló mas libre en ser los golpes que él llevaba repartidos, entonces hacia él las cosas extrañas, que podía ferir á su voluntad; é fué tan grande la priesa que les dió, é los cohermanos en su ayuda, que en poca de hora fueron todos muertos é vencidos.

Quando esto vió el cohermano de Arcaus dejóse ir

al Rey por lo matar; é como los que con él estaban fueran todos, él decendiera del palafren así con su cadena á la garganta, é tomara un escudo é la espada del caballero que primero murió, y el otro que le quiso ferir por cima de la cabeza. El Rey alzó el escudo, donde recibió el golpe, é fué tal, que la espada entró por el brocal bien un palmo, é alcanzó con la punta della al Rey en la cabeza, é cortóle el cuero é la carne fasta el hueso; mas el Rey le dió al caballo en el rostro con la espada tal golpe, que la no pudo sacar, y el caballo enarmonóse é fué caer sobre el caballero. Galaor, que ya estaba á pié, porque el su caballo no se podia mudar, é iba por socorrer al Rey, fué para el caballero por le tajar la cabeza, y el Rey dió voces que le no malase. Los dos cohermanos, que fueran tras un caballero que se les iba é lo habían muerto, cuando volvieron é vieron al Rey mucho fueron espantados; que de su prision no sabian ninguna cosa, é decendieron ahína, é tirados los yelmos, fueron fincar los hinojos ante él, y él los conoció, é levantándolos por las manos, dijo: «Por Dios, amigos, en buena hora me acorrístes, é gran mal me hace la amiga de don Guilan, que me lo tira de mi compañía, é por su causa pierdo yo á vos, Ladasin.» Guilan hobo gran vergüenza y embermejicóle el rostro; mas no que por eso dejase de amar aquella su señora duquesa de Bristoya, y ella amaba á él; así que, ya hobieron aquel fin que de sus amores desearon, é siempre el Duque tovo sospecha que fuera don Guilan el que en su castillo entrara cuando allí fué Galaor, como la historia os ha contado.

Mas dejemos agora esto, é tornemos al Rey, qué fizo despues que libre fué. Sabed que don Galaor sacó al primo de Arcaus de so el caballo, é quitando la cadena al Rey, la puso á él; é tomaron de los caballos de los caballeros muertos, y el Rey tomó uno é Galaor otro, que el suyo no se movía, é comenzáronse de ir camino de Lóndres muy alegres. Ladasin contó al Rey todo lo que con Galaor le aconteciera, y el Rey le preciaba mucho por se así guardar, segun la demanda que llevaba; et Guilan asimesmo le dijo cómo siendo cuidando en su amiga tan fieramente, que en al no paraba mientes, que el caballero le derribara sin nada le decir. Mucho rió el Rey dello, diciéndole que aunque muchas cosas había oído que los enamorados por sus amigas ficiesen, pero no que á este semejase; «é con gran causa, segun veo, os llaman Guilan el cuidador.» En estas cosas é otras de mucho placer fueron hablando fasta llegar á casa de Ladasin, que muy cerca dende moraba, é allí llegó á ellos el escudero de Galaor é Ardian, el enano de Amadís, que cuidaba que su señor iba por aquella vía á le buscar.

Galaor contó al Rey de la forma que él é Amadís se partían, é que debía enviar á Lóndres, porque los leñadores dirían las nuevas, é con ellas se moviera toda la corte. «Pues que Amadís, dijo el Rey, va en el socorro de mi hija, no la entiendo perder, si aquel traidor no le hace por encantamento algun engaño, y en esto que decís, bien será que sepa la Reina mi hacienda.» É mandó á un escudero de Ladasin, que sabia bien la tierra, que se fuese luego con aquellas nuevas. Pues allí albergó el Rey aquella noche, donde fué muy

bien servido, é otro día tornaron á su camino; é fbales contando el primo de Arcaus cómo todo lo pasado fuera por consejo de Barsinan, señor de Sansueña, pensando ser rey de la Gran Bretaña. Entonces se cuidó el Rey de andar mas que antes, por le hallar ahí.

CAPITULO XXXVII.

De cómo vino la nueva á la Reina que era preso el rey Lisuarte, é de cómo Barsinan ejecutaba su traicion, queriendo ser rey, é al fin fué perdido, y el Rey restituído en su reino.

Los leñadores, que vieran cómo al Rey le acaesciera, llegaron á la villa é dijéronlo todo. Cuando esto fué sabido, la revuelta fué muy grande á maravilla, é armáronse todos los caballeros, é al mas correr de sus caballos salian por todas partes; así que, el campo parescia ser lleno dellos. Arban, el rey de Norgales, estaba hablando con la Reina é llegaron hí sus escuderos con sus armas é caballos, y entrando á él un doncel donde estaba, dijo: «Señor, armáos; ¿qué estáis haciendo? Ya no queda caballero en la villa de la compañía del Rey sino vos; que todos se van al mas correr de los caballos por la floresta.» — E ¿por qué? dijo Arban. — Porque dicen, dijo el doncel, que lleven preso al Rey diez caballeros. — Ay santa María! dijo la Reina, que siempre lo he temido; é cayó amortecida. Arban la dejó en poder de las dueñas é doncellas, que facian gran duelo, é fuése á armar, é cabalgando en su caballo, oyó decir á grandes voces que tomaban el alcázar. «Ay Santa María! dijo Arban, todos somos vendidos.» É tuvo que faria mal si la Reina desamparase.

A esta sazón era por la villa tan gran vuelta como si allí todos los del mundo fuesen. Arban se paró á la puerta del palacio de la Reina así armado con docientos caballeros de los suyos, y envió dos dellos que supiesen la revuelta cómo era; y llegando al alcázar, vieron cómo Barsinan era dentro con toda su compañía, é degollaba é mataba cuantos haber podía, é otros despeñaba de los muros; que cuando oyó la revuelta é la prision del Rey no paró ojo á otra cosa, é los del Rey, no lo sospechando, iban sin recelo en el socorro; é tenia consigo seiscientos caballeros é sirvientes bien armados. Cuando Arban lo supo por sus caballeros dijo: «Por consejo de traidor el Rey es preso.» Siendo ya Barsinan apoderado en el alcázar, dejó allí gente que lo guardase, é salió con la otra á prender á la Reina é tomar la silla é corona del Rey. Los de la villa, que vieron que así iba el pleito, fbanse todos á las casas de la Reina así armados como podían. Cuando Barsinan llegó á las casas de la Reina falló hí á Arban con toda su compañía é asaz gente de la villa, é Barsinan le dijo: «Arban, fasta aquí fuiste el mas sesudo caballero mancebo que haya visto; haz de aquí adelante cómo el seso no pierdas.» — ¿Por qué me lo dices? dijo Arban. — Porque yo sé, dijo él, que el rey Lisuarte va en manos de quien la cabeza sin el cuerpo me enviará antes de cinco dias; y en esta tierra ninguno como yo hay que pueda é deba ser rey, é así lo será todavía; é la tierra de Norgales, que en señorío tienes, yo te la otorgo, porque eres buen caballero é sabido, é tírate afuera, é tomaré la silla é la corona; é si al quisieros

hacer, de aquí te desafío, é dígate que ninguna será contra mí por me tirar mi tierra, que la cabeza no le mande cortar. — Cierito, dijo Arban, tú dices cosas por que yo seré contra tí en cuanto viva: la primera que me consejas, que sea traidor contra mi señor, habiendo tan gran cuita; é la otra, que sabes que lo matarán los que lo llevan, en que se parece claro ser tú en la traicion. Pues teniendo yo siempre en la memoria ser una de las mas preciadas cosas del mundo la lealtad, é tú desechándola, siendo, como malo, contra ella, mal nos podriamos convenir. — ¿Cómo! dijo Barsinan, ¿tú me cuidas tirar que no sea rey de Lóndres? — Rey de Lóndres nunca lo será traidor, dijo Arban, é demás en vida del mas leal rey del mundo. — Barsinan dijo: «Yo te cometi primero de tu pro mas que á los otros, creyendo que eras el mas sabido dellos, é agora me parece mas menguado de seso; é yo te haré bien conocer tu locura, é ver quiero lo que farás; que tomar quiero la corona é la silla; que lo merezco por bondades. — Sobre eso faré yo tanto, dijo Arban, como si el Rey mi señor en ella asentado fuese. — Agora lo veré,» dijo Barsinan; é mandó á su compeña que los fuesen ferir, é Arban los atendió con su compañía, como aquel que muy esforzado é leal en todas las cosas era; estaba con gran saña de lo que del Rey su señor oyera; é juntáronse unos con otros muy bravamente, dándose muy grandes golpes por todas partes; así que, muchos fueron muertos é llagados, é la una é otra parte punaban cuanto podían por se vencer é matar; mas Arban hizo tanto aquel día, que mas que todos los de aquella lid fué loado; que él fué defensor de todos los suyos, é no hacia sino ir adelante derribando é friendo, poniendo su vida al punto de la muerte. Así anduvieron hasta la noche, que se no pudieron vencer; y esto causó por ser las calles estrechas; que de otra guisa Arban se viera en peligro é la Reina fuera tomada; mas Barsinan se acogió con su compañía al alcázar, é halló muy gran pieza de su gente menos, así muertos como llagados; é de guisa que les era mucho menester folgar; é Arban dijo á los suyos: «Señores, parezca vuestra lealtad é ardimento, é no vos desmayédes por esta mala andanza, que ahína en bien será cobrada.» Otrósí puso su compañía como se guardase de noche.

Esto fecho, la Reina, que como muerta estaba, mandó llamar á Arban, y él fué así armado como estaba, é llagado en muchas partes; y llegado donde la Reina estaba, quitóse el yelmo, que roto estaba, é víéronle cinco heridas en el rostro y en la garganta, é la faz llena de sangre, que mucho era desfigurado, mas muy hermosa parescia á aquellas que, despues de Dios, á él tenían por amparo. Cuando la Reina así lo vió gran duelo hobo del, é dijole llorando: «Ay buen sobrino! Dios vos mantenga é os ayude, que esta vuestra lealtad acabar podáis; por Dios decidme, ¿qué será del Rey y qué será de nos? — De nos, dijo él, será bien, si Dios quisiere; é del Rey oirémós buenas nuevas; é digovós, Señora, que no temais de los traidores que aquí quedaron, segun la gran lealtad de los vuestros vasallos, que aquí conmigo están, que os defenderán muy bien. — Ay sobrino! dijo la Reina, yo os veo tal, que no podeis tomar armas, é los otros no sé qué hagan sin

vos. — Señora, dijo él, no tomeis deso cuidado; que en tanto que el alma tenga, nunca las armas por mí se dejarán.» Entonces se partió della, é tornó á su compañía. Así pasaron aquella noche; é Barsinan, aunque su compañía falló mal trecha, mucho esfuerzo mostraba, é dijoles: «Amigos, no quiero que sobre esto mas nos combatamos ni haya mas muertes, pues que sin exceso é batalla lo acabaré, como adelante veréis; é holgad agora sin ningun recelo.» É así folgaron aquella noche, é otro día de mañana armóse é cabalgó en su caballo, é llevando veinte caballeros consigo, se fué á un atajo que guardaba el mayordomo de Arban; é como los de la barrera los vieron, tomaron sus armas para se amparar, mas Barsinan les dijo que venia por les hablar, y que fuesen seguros fasta mediodía; y el mayordomo lo fué luego decir á su señor, é á él plugo de la seguridad; que tenia todos los mas de su compañía tan mal trechos, que no podían tomar armas, é fuése luego con el mayordomo á su estancia, y Barsinan les dijo: «Yo quiero con vos seguridad de cinco dias si quisiédes. — Quiero, dijo Arban, por pleito que vos no trabajéis de tomar cosa que haya en la villa, é si el Rey viniere, que hagamos lo que él mandare. — Todo eso otorgo yo, dijo Barsinan, en tal que no haya batalla; que yo precio á mi compañía y precio á vosotros, que seréis míos mas ahína que cuidais, é decirvos he cómo el Rey es muerto, é yo he su hija, é quiérola tomar por mujer; y esto veréis antes que la tregua salga. — Ya Dios no me ayude, dijo Arban, si nunca tregua conmigo hobiédes, siendo parcionero en la traicion que á mi señor se hizo; é agora vos id é haced lo que pudiédes.» É digovos que antes que la noche llegase los acometió Barsinan bien tres veces, é se tiró afuera.

CAPITULO XXXVIII.

De cómo Amadís vino en socorro de la cibdad de Lóndres, é de lo que sobre ello fizo.

Albergando Amadís en el bosque con su señora Oriana, como vos contamos, preguntóle qué decia Arcaus. Ella le dijo: «Que no me quejase, que él me haria antes de quince dias reina de Lóndres, é que me daria á Barsinan por marido, al cual él haria rey de la tierra de mi padre, é que él seria su mayordomo mayor por le dar á mí é la cabeza de mi padre.» — Ay santa María! dijo Amadís, qué gran traicion de Barsinan, que así se mostraba tanto amigo del Rey, é recelo tengo que hará algun mal á la Reina. — Ay amigo! dijo ella, acorred vos en ello lo mejor que pudiédes. — Así me conviene, dijo Amadís, é mucho me pesa; que yo gran placer hobiera de holgar con vos estos cuatro dias en esta floresta, si á vos, Señora, pluguiera. — Dios sabe, dijo ella, cuánto á mí pluguiera; mas podría venir dello muy gran mal en la tierra, que aun será mia é vuestra, si Dios quisiere.» Pues así holgaron fasta el alba del día. Entonces se levantó Amadís é armóse muy bien, é tomando su señora por la rienda, entró en el camino de Lóndres, é andaba cuanto mas podía; é halló de los caballeros que de Lóndres salian cinco á cinco, diez á diez, así como iban saliendo; y destos serian mas de mil caballeros, y él les mostraba

dónde fuesen á buscar al Rey, é deciales cómo Galaor iba delante al socorro; é pasando por todos, halló á cinco leguas de Lóndres á don Grumedan, el buen viejo que la Reina criara, é con él iban veinte caballeros de su linaje, que anduvieron toda la noche por la floresta de una é otra parte, buscando al Rey; é cuando conoció á Oriana fué contra ella llorando, é dijo: «Señora, ¡ay Dios, qué buen día con vuestra venida! mas por Dios, ¿qué nuevas del Rey, vuestro padre?—Cierito, amigo, dijo ella llorando, cerca de Lóndres me partieron dél, é plugo á Dios que Amadís alcanzó á los que me llevaban, é hizo tanto, que de su poder me tiró.—Cierito, dijo don Grumedan, á lo que él no diese cabo ninguno se trabaje de le dar.» Luego dijo contra Amadís: «Amigo, señor, ¿qué ha fecho vuestro hermano?—Allí, dijo Amadís, donde partieron al Rey é á su hija, allí nos apartamos él é yo; y él siguió la vía del Rey, é yo la de Arcalaus, que á esta Señora llevaba.—Agora tengo mas esperanza, dijo don Grumedan, pues tan bienaventurado caballero como don Galaor va en el socorro del Rey. Amadís contó á don Grumedan la gran traicion de Arcalaus y de Barsinan, y le dijo: «Tomad á Oriana, é yo me iré á la Reina lo mas presto que pudiere; que he miedo que aquel traidor le querrá hacer mal; é vos haced volver los caballeros que encontrádes, que si por gente el Rey ha de ser socorrido, tanta va allá, que muchos dellos sobran.» Don Grumedan tomó á Oriana é fuése camino de Lóndres cuanto mas podía, haciendo volver toda la gente que encontraba. Amadís se fué al mas ir de su caballo, y entrando en la villa, falló al escudero que el Rey enviaba que diese las nuevas cómo él era libre; y el escudero le contó en qué manera había pasado. Amadís gradeció mucho á Dios la buena andanza de su hermano, é ante que en la villa entrase supo todo lo que Barsinan había fecho; y entró lo mas encubierto que pudo, é cuando Arban lo vió, así él como los suyos fueron muy alegres é tomaron grande esfuerzo en sí. Arban lo fué á abrazar é díjole: «Mi buen señor, ¿qué nuevas traéis?—Todo á vuestro placer, dijo Amadís; é vayamos luego ante la Reina, é oírlas heis.» Entonces entraron donde ella estaba, llevando Amadís el escudero por la mano; é como la vió hincó los hinojos ante ella é dijo: «Señora, este escudero deja al Rey libre é sano, é envíaoslo decir por él, é yo dejo á Oriana en mano de don Grumedan, vuestro amo, é será agora aquí; y en tanto ver quiero á Barsinan, si pudiere.» E dejando su yelmo y escudo, é tomando otro porque no lo conociesen, dijo: «Arban, haced derribar las barreras vuestras, é venga Barsinan é su compañía, é si Dios quisiere, hacerle hemos comprar su traicion.» E contóle lo que de Barsinan é de Arcalaus sabia. Las barreras fueron luego derribadas, é Barsinan é los suyos se dejaron allí correr, creyendo lo ganar todo sin se les detener. E los de Arban los recibieron; así que, entre ellos se comenzó la hacienda muy peligrosa, donde muchos heridos é muertos hobo. Barsinan iba delante; que, como los suyos eran muchos, é los contrarios pocos, no los podían sufrir, é Barsinan punaba en hacer todo cuanto podía por tomar la Reina. Amadís vió la revuelta é salió contra ellos, llevando á su cuello un

escudo despintado é un yelmo oriniento, tal, que muy poco valia, mas á la fin por bueno fué juzgado; é fué, por la priesa, adelante, llevando la buena espada del Rey ceñida; y llegando á Barsinan, dióle un encuentro de la lanza en el escudo, tal, que gelo falsó y el arnés, y entró el hierro por la carne bien la meitad, é allí fué quebrada; é poniendo mano á la espada, dióle por cima del yelmo é cortó dél cuanto alcanzó del cuello de la cabeza; así que, Barsinan fué atordido é la espada cortó tan ligeramente, que Amadís no la sintió en la mano tanto como nada; é hiriólo otra vez en el brazo con que la espada tenia, é cortóle la manga, y el brazo con ella, cabe la mano, y decendió el espada á la pierna, é cortóle bien la meitad della, é Barsinan quiso huir, mas no pudo, é cayó luego; é Amadís fué ferir en los otros tan bravamente, que al que alcanzaba á derecho golpe no había menester maestro; así que, como lo conocieron por las maravillas que hacia, dejábanle la carrera, metiéndose unos entre otros por huir de la muerte. Arban é los suyos, que lo seguían, apretaron tanto, que la compañía de Barsinan, quedando muchos muertos é llagados en la calle donde se combatian, se acogieron al alcázar. Amadís llegó hasta las puertas, y él quisiera entrar dentro, si no gelas cerraran. Entonces se tornó donde dejara á Barsinan, é muchos de la villa con él, que lo aguardaban, y llegando donde Barsinan estaba, viólo que aun tenia el huelgo, é mandólo llevar al palacio, y que lo guardasen fasta que el Rey viniese; é partido así el debate, como ois, siendo los unos muertos é los otros encerrados, Amadís miró á la espada que tenia sangrienta en su mano, é dijo: «¡Ay espada! en buen día nació el caballero que vos hobo, é cierto vos sois empleada á vuestro derecho; que siendo la mejor del mundo, el mejor hombre que en él hay vos posee. Entonces se mandó desarmar é fuése á la Reina, é Arban á acostar en su lecho, que mucho menester lo había, segun era malo de sus heridas.

En este comedio el rey Lisuarte, que á mas andar venia la vía de Lóndres por hallar á Barsinan, encontró muchos de sus caballeros que en su demanda iban, é facíalos tornar, y enviaba dellos por los caminos é por los valles que ficiessen volver todos los que fallasen, que muchos eran; é los primeros que encontró fueron Agrájes é Galvanes é Solinan é Galdan é Dinadaus é Bervas; estos seis iban juntos haciendo gran duelo, é cuando fueron ante el Rey quisieron besar las manos con mucha alegría, mas él los abrazó é dijo: «Mis amigos, cerca estuvistes de me perder, é sin falla así lo fuera, sino por Galaor é don Guilan é Ladasin, que por grande aventura se juntaron.» Dinadaus le dijo: «Señor, toda la gente de la villa salió con las nuevas, é andarán perdidos todos.—Sobrino, dijo el Rey, tomad vos desos caballeros los mejores é los que mas os contentaren, é tomad este mi escudo porque con mas acatamiento os obedezcan, é hacedlos volver.» Este Dinadaus era uno de los caballeros del linaje del Rey, é muy preciado entre los buenos, así de cortés como de buenas caballerías é proezas; é fué luego, de guisa que á muchos hizo tornar.

Yendo así el Rey, como ois, acompañado con muchos

caballeros é otras gentes, y entrando en el gran camino de Lóndres, halló á aquel su tan íntimo amigo don Grumedan, que á Oriana traía; é dígovos que fué entre ellos el placer muy grande, tanto mayor cuanto mas desafiados estaban de se poder su gran tribulacion remediar. Grumedan contó al Rey cómo Amadís se fuera á la villa á la Reina. En esto llegó el Rey á Lóndres, y en su compañía mas de dos mill caballeros; é antes que en ella entrase le dijeron todo lo que Barsinan había fecho, é la defensa que el rey Arban puso, é cómo con la venida de Amadís fuera todo despachado, teniendo preso á Barsinan. Así que, ya todas las cosas, de muy tristes, en muy alegres eran vueltas. Llegado el Rey donde la Reina estaba, ¿quién vos puede contar el placer é alegría que con él é con Oriana la Reina é todas las dueñas é doncellas hobieron? Cierito, ninguno, segun tan sobrado fué. El Rey mandó cercar el alcázar, é hizo traer ante sí á Barsinan, que en su acuerdo era, y el primo de Arcalaus, é fízoles contar por cuál guisa se urdiera aquella traicion. Ellos gelo contaron todo, que nada faltó, é mandólos llevar á vista del alcázar donde los suyos los viesan, é los que nasen ambos; lo cual fué luego fecho. Los del alcázar, no teniendo provision ni remedio, á los cinco dias vinieron todos á la merced del Rey, é hizo justicia de los que le plugo, é los otros dejó; pero desto no se contará mas, sino que por esta muerte hobo grandes tiempos entre la Gran Bretaña é Sansueña gran desamor, viniendo contra este mismo Rey un fijo deste Barsinan, valiente caballero, con muchas compañías, como adelante la historia contará.

El rey Lisuarte, siendo asesegado en desastros, tornó á las cortes como de cabo, haciendo todos muy grandes fiestas, así de noche por la villa como de dia por el campo. E un dia vino hí la dueña é sus hijos, delante de los cuales Amadís é Galaor prometieron á Madasima de se partir del rey Lisuarte, como ya oistes. Cuando ellos la vieron fuéronse á ella por la honrar, y ella les dijo: «Amigos, yo soy venida aquí á lo que sabeis, é decidme qué haréis en ello.—Nos cumpliremos todo lo que se asentó con Madasima.—En el nombre de Dios, dijo la dueña.—Pues hoy es el plazo, vayamos luego ante el Rey, dijeron ellos.—Vayamos,» dijo ella. Entonces fueron donde el Rey era, é la dueña se le homilló mucho; el Rey la recibió con muy buen talante. La dueña dijo: «Señor, vine aquí por ver si ternán estos caballeros un prometimiento que hicieron á una dueña.» El Rey preguntó qué prometimiento era. «Será tal, dijo ella, donde cuido que pesará á vos é á los de vuestra corte que los aman.» Entonces contó la dueña todo el fecho como pasara con Madasima, la señora de Gantasi. Cuando esto oyó el Rey dijo: «¡Ay Galaor! muerto me habeis.—Mas vale así, dijo Galaor, que no morir; que si conocidos fuéramos, todo el mundo no nos diera la vida; y desto no vos pese, Señor, mucho; que el remedio será presto, mas ahina que cuidais.» Despues dijo contra Amadís, su hermano: «Vos me otorgastes que haríades en esto así como yo.—Verdad es,» dijo él; é Galaor dijo entonces al Rey é á los caballeros que delante eran por cuál engaño fueran presos. El Rey fué muy maravillado en oír tal traicion;

mas Galaor dijo que pensaba que la dueña seria la burlada y engañada en aquel pleito, como verjan; delante de la dueña dijo contra el Rey, que todos lo oyeron: «Señor Rey, yo me despido de vos y de vuestra compañía, como prometido lo tengo, é así lo cumplo; é á vos é á vuestra compañía dejo por Madasima, la señora del castillo de Gantasi, que tuvo por bien de os facer este pesar é otros cuantos pudiere, porque mucho vos desama.» E Amadís hizo otro tanto. Galaor dijo contra la dueña é contra sus fijos: «¿Paréseos si hemos cumplido la promesa?—Sí, sin falta, dijo ella; que todo cuanto pleiteastes habeis cumplido.—En el nombre de Dios, dijo Galaor; pues agora cuando os pluguiere os podeis ir, é decid á Madasima que no pleiteó tan cuerdamente como cuidaba; é agora lo podeis ver.» Entonces se tornó contra el Rey é dijo: «Señor, nos habemos cumplido con Madasima lo que le prometimos, no nos poniendo plazo ninguno de cuánto tiempo habíamos de ser de vos apartados; así que, buenamente nos podemos tornar cada que nuestra voluntad fuere, é fagámoslo luego, como lo ante estábamos.» E cuando esto oyó el Rey é los de la corte mucho fueron alegres, teniendo á los caballeros por cuerdos. El Rey dijo á la dueña, que por ver el pleito allí viniera: «Cierito, dueña, segun el gran aleve que á estos caballeros tan á mala verdad les fué fecho, ellos no son obligados á mas, ni aun á tanto como ficieron; que muy justo es los que quieren engañar que queden engañados; é decilde á Madasima que si mucho me desama, que en la mano tenía de me facer el mayor mal y pesar que á esta sazón venirme pudiera; mas Dios, que en otras partes mucho de grandes peligros los guardó, no quiso que en poder de tal persona como ella padeciesen.—Señor, dijo la dueña, decidme, si vos pluguiere, quién son estos caballeros que tanto preciados son.» Dijo el Rey: «Amadís é don Galaor, su hermano.—¿Cómo! dijo la dueña, ¿este es Amadís, que ella tuvo en su poder?—Sí, sin falta, dijo el Rey.—A Dios merced, dijo la dueña, porque ellos son guaridos; que cierto gran mala ventura fuera si tan buenos dos hombres morieran en tal guisa; mas yo creo de aquella que los tuvo, cuando supiere que ellos eran, é así le salieron de poder, que la misma muerte que les mandara dar, esa se dará á sí mesma.—Cierito, dijo el Rey, eso seria mas justo que se ficiere.» La dueña se despidió é fué su vía.

CAPITULO XXXIX.

De cómo el rey Lisuarte tovo cortes, que duraron doce dias, en que se hicieron grandes fiestas de muchos grandes que allí vinieron, así damas como caballeros, de los cuales quedaron muchos algunos dias.

Mantuvo el Rey allí su corte doce dias, en que se hicieron muchas cosas en grande acrecentamiento de su honra y verdad, y despues partiéronse las cortes; é como quiera que muchas gentes della á sus tierras se fueron, tantos hombres buenos con el Rey quedaron, que maravilla era de los ver; é asimesmo la Reina hizo quedar consigo muchas dueñas é doncellas de alta guisa, y el Rey tomó por de su compañía á Guilan el cuidador, é á Ladasin, su primo, que eran muy buenos caballeros, pero Guilan era mejor, como aquel que en todo

el reino de Londres no había quien de bondad le pasase, é así habiá todas las otras bondades que á buen caballero convenian; solamente le ponía grande entrevolo ser tan cuidador, que los hombres no podían gozar ni de su habla ni de su compañía; y desto era la causa amores que lo tenían de su poder y le hacían amar á su señora, que ni á sí ni á otra cosa no amaba tanto; é la que él amaba era muy hermosa, é había nombre Brandalisa, hermana de la mujer del rey de Sobradisa, é casada con el duque de Bristoya. Pues así como ois estaba el rey Lisuarte en Londres con tales caballeros, corriendo su gran fama mas que de ningún otro príncipe en el mundo fuese; siendo por gran espacio de tiempo la fortuna contenta, habiéndole puesto en el gran peligro que oistes, de le no tentar mas, creyendo que aquello debía bastar para hombre tan cuerdo é tan honesto como lo él era: no tanto por dejar de su propósito mudado, siéndolo del Rey, con codicia, con soberbia, ó con las otras muchas cosas que los reyes, por no querer dellas guardarse, son dañados, é sus grandes famas escurecidas con mas deshonra é aviltamiento que si las grandes cosas pasadas en su favor é gloria grande no les hubieran venido; porque no se debe por desaventurado ninguno contar que nunca buena ventura hobo, sino aquellos que, habiéndolas alcanzado fasta los cielos, por su mal seso, por sus vicios é pecados, atrajeron á la fortuna, á que con gran dolor é angustia de sus amigos gelas quitase.

Estando el rey Lisuarte como ois, llegó hí el duque de Bristoya al tiempo que fuera, á pedimiento de Olivas, emplazado por lo que ante el Rey dijera, é fué del Rey bien recibido, é dijo: «Señor, vos me mandastes emplazar que pareciese hoy ante vos en vuestra corte por lo que de mí vos dijeron, que fué muy gran mentira, é desto me salvaré yo como vos é los de vuestra corte toviédes por derecho.» Olivas se levantó é fué ante el Rey, é con él se levantaron todos los más caballeros andantes que hí eran. El Rey les dijo á qué venían así todos, é don Grumedan le dijo: «Señor, porque el Duque amenazó todos los caballeros andantes; é nosotros con mucha razon lo debemos estorbar.—Cierto, dijo el Rey, si así es, loca guerra tomaria; que yo tengo que en el mundo no hay tan poderoso rey ni tan sabido que á tal guerra podiese dar buena fin; mas id todos, que aquí no le buscaréis mal, que él habrá todo su derecho sin le dél menguar ni una cosa que yo entender pueda, y estos buenos hombres que me aconsejarán.» Entonces se fueron todos á sus logares, sino Olivas, que ante el Rey quedó, é dijo: «Señor, el Duque que ante vos está me mató un primo hermano que le nunció, fizo ni dijo por qué, é dígoles que es por ello alevo, y esto le faré yo decir, ó lo mataré ó eclaré del campo.» El Duque dijo que mentía, é que estaría á lo que el Rey mandase é su corte. El Rey fizo quedar el pleito para otro día; pero el Duque quisiera de grado la batalla, sino por dos sus sobrinos que le aun no eran llegados, que los quería meter consigo si él pudiese; que él los preciaba tanto en armas, que no cuidaba que Olivas hobiese tales en su ayuda que con ellos no lo pudiesen ligeramente vencer. Aquel día pasó, é los sobrinos del Duque llegaron á la noche, de que él muy ale-

gre fué, é otro día de mañana fueron ante el Rey; é Olivas reutó al Duque, y él lo desmintió, é prometióle la batalla de tres por tres. Entonces se levantó don Galvanes, que á los piés del Rey estaba, é llamó á Agrájes, su sobrino, é dijo contra Olivas: «Amigo, nos os prometimos que si el duque de Bristoya, que delante está, quisiese en la batalla meter mas caballeros, que seríamos hí con vos, é así lo queremos hacer de voluntad, é la batalla sea luego sin mas tardar.» Los sobrinos del Duque dijeron que fuese luego la batalla. El Duque miró á Agrájes é á Galvanes, é conociólos, que aquellos eran á los que él hiciera soberbia en su casa, é los que le tomaron la doncella que él quería quemar, que lo despues desbarataron en la floresta; é como quiera que mucho á sus sobrinos preciase, no quisiera por ninguna cosa así haber aquella vez prometido la batalla; antes quisiera haber dado á uno de sus sobrinos para con Olivas que él entrar en ella, que mucho aquellos dos caballeros dudaba; mas no podía al hacer.

Entonces se fueron á armar unos é otros, y entraron en la plaza que para las lides semejantes limitada era, los unos por una puerta é los otros por otra. Cuando Olinda, que á las finiestras de la Reina estaba, desde donde todo el campo se parecía, vió al su grande amigo Agrájes que se quería combatir, tan gran pesar hobo, que el corazón le fallecía, que lo amaba mas que á otra cosa que en el mundo fuese; é con ella estaba Mabilia, hermana de Agrájes, á quien mucho pesaba por así ver en tal peligro á su hermano é á su tío don Galvanes; é con ellas estaba Oriana, que de grado los quería ver bien andantes, por el grande amor que Amadís les había, é por la crianza que con el rey Languines é su mujer, padre de Agrájes, ella hobiera. El Rey, que con muchos caballeros allí estaba, cuando vió ser tiempo, tiróse afuera, é los caballeros se fueron acometer al mas ir de sus caballos, é ninguno dellos falleció de su golpe. Agrájes é su tío se hirieron con los sobrinos del Duque, é lleváronlos de las sillas por cima de las ancas de los caballos, é las lanzas fueron quebradas, é pasaron por ellos muy apuestos é bien cabalgantes. Olivas fué llagado en los pechos de la lanza del Duque, y el Duque perdió las estriberas, é cayera si se no abrazara al cuello del caballo, é pasó Olivas por él mal llagado, y el Duque se enderezó en la silla, y el caballero que Agrájes derribara levantóse como mejor pudo, é fuése parar cabe el Duque, é Agrájes se dejó correr al Duque, que mucho desamaba, é comenzóle á dar grandes golpes por cima del yelmo, é haciale llegar la espada á la cabeza; mas el caballero que á pié cabe él estaba, que vió á su tío en tal peligro, llegóse á Agrájes é firióle el caballo por la ijada; así que, toda la espada metió por él. Agrájes no paraba en al mientes sino en tirar la vida al Duque, é desto no veía nada, trayéndole ya para le cortar la cabeza; cayó el caballo con él; don Galvanes anduvo tan envuelto con el otro caballero, que desto no veía nada. Estando Agrájes en el suelo é su caballo, el que gelo mató firióle de grandes é muy pesados golpes, y el Duque asimismo cuanto mas podía. Aquella hora hobieron dél todos sus amigos muy gran duelo, é Amadís sobre todos, que quisiera él de grado estar allí como su primo estaba, y él que lo no estoviera, porque tenía tan gran temor de verlo

morir, segun en la priesa en que estaba, é las tres doncellas, que ya oistes que á las finiestras estaban mirando, hobieron tan gran pesar en le así ver, que á pocas no se mataban con sus propias manos. Mas Olinda, su señora, lo había sobre todas; aquella que en verla hacer tan grandes ansias á los que la miraban hacia dolor. Agrájes, como ligero, muy presto del caballo saliera, como aquel que ninguno de mas vivo y esforzado corazón que él se hallaría en gran parte, é defendiase de los dos caballeros muy bien con la buena espada de Amadís, que tenía en su mano; é daba con ella grandes golpes. Galaor, que con gran cuita lo miraba, dijo paso con gran duelo: «¡Ay Dios! ¿á qué atiende Olivas, que no acorre adonde ve que es menester? Cierto, mas le valiera nunca traer armas que de así con ellas á tal hora errar.» Esto decía don Galaor, no sabiendo de la gran cuita en que Olivas era, que él estaba tan mal llagado, é tanta sangre se le iba, que maravilla era cómo se podía tener solamente en la silla, é cuando así vió á Agrájes sospiró con gran dolor, como aquel que aunque la fuerza le faltaba, no le fallecía el corazón, é alzando los ojos al cielo, dijo: «¡Ay Dios, Señor, á los plega de me dar lugar antes que el alma del mi cuerpo salida sea, como yo acorra á aquel mi buen amigo.» Entonces enderezando la cabeza del caballo contra ellos, metió mano á la espada muy flacamente, é fué á herir al Duque, y el Duque á él, é diéronse grandes golpes con las espadas, que la saña le hizo á Olivas cobrar en algo de mas fuerza; tanto, que al parecer de todos no se combatía peor que el Duque. Agrájes fincó solo con el otro caballero, é combatíanse ambos tan bien de pié, que á duro se hallaría quien mejor lo ficiese; mas Agrájes se aquejaba mucho por le vencer, como aquel que veía mirarle su señora, é no quería errar un solo punto, no solamente de lo que debía hacer, mas aun mas adelante; tanto, que á sus amigos pesaba dello, temiendo que al estrecho la fuerza y el aliento le fallestera; pero esta manera hobo él siempre en todos los logares onde se combatió, ser siempre mas acometedor que otro caballero, é cuitarse mucho por dar fin á sus batallas; é si de tal fuerza como de esfuerzo fuera, pujara á ser uno de los mejores caballeros del mundo, é así lo era él muy bueno é preciado, é tantos golpes dió por cima del yelmo al caballero, que cortándogelo por cuatro lugares, de muy poco valor é menos defensa gelo fizo, y el caballero no entendía sino en se guardar é amparar la su cabeza con el escudo, que el yelmo de poca defensa era, y el arnés mucho menos, que desguarnecido en muchas partes era, é la carne cortada por mas de diez lugares que la sangre salía. Cuando el caballero tan mal parado se vió, fuése cuanto pudo donde el Duque estaba, por ver si en él hallaría algun reparo; mas Agrájes, que lo siguiendo iba, alcanzólo ante que allá llegase, é dióle por cima del yelmo, que en muchas partes era roto, tal golpe, que el espada entró por él é por la cabeza, tanto, que al tirar della dió con el caballero tendido á sus piés, bullendo con la rabia de la muerte. Agrájes miró lo que el Duque é Olivas facían, é vió que Olivas había perdido tanta sangre, que se maravilló como podía vivir, é fuélo socorrer, mas ante que llegase cayó del caballo amortecido; é el Duque, que no

viera cómo Agrájes matara á su sobrino, é vió á don Galvanes combatir con el otro, dejólo así en el suelo é fué cuanto pudo contra Galvanes, é dábale grandes golpes. Agrájes cabalgó presto en el caballo de Olivas, teniéndolo por muerto, é fué á socorrer á su tío, que mal trecho estaba; é como llegó, dió al sobrino del Duque tal golpe, que le cortó el tiracol del escudo y el arnés, é hizo entrar la espada por la carne hasta los huesos. El caballero tornó el rostro por ver quién lo hería, é dióle Agrájes otro golpe sobre el visal del yelmo, é quedó en él la espada, que no la pudo sacar; é tirando por ella, hízole quebrar los lazos del yelmo; así que, fué tras la espada é cayó en tierra. Galvanes, que gran saña dél tenía, dejando al Duque, tornó por le dar en la cabeza en descubierto; mas el otro cubrióse con el escudo que aquel menester había mucho usado; pero, como el tiracol había cortado, no pudo tanto hacer que la su cabeza no satisficiese á la saña de don Galvanes, quedando casi desfecha, é su amo en el suelo muerto; en tanto andaba Agrájes con el Duque muy envuelto á grandes golpes; mas, como su tío llegó, tomáronle en medio, é comenzáronlo á ferir por todas partes, que mucho lo desamaban mortalmente; é cuando se vió así entre ellos, comenzó de huir cuanto su caballo lo podía llevar; mas aquellos que lo desamaban lo seguían do quiera que él iba cuanto mas podían.

Quando así lo vieron todos los caballeros andantes mucho fueron alegres, é don Guilan mas que todos, cuidando que, muerto el Duque, mas á su guisa podría él gozar de su señora, que la amaba sobre todas las cosas. El caballo de Galvanes era mal llagado; é con la gran queja que le dió por alcanzar al Duque, no lo pudiendo ya endurar, cayó con él; así que, Galvanes fué muy quebrantado. Agrájes fué al Duque é dióle con la espada en el brocal del escudo, é la espada decendió al pescuezo bien un palmo, é al tirar della hobióralo llevado de la silla; mas el Duque tiró presto el escudo del cuello, é dejólo en la espada, é tornó á huir cuanto mas pudo. Agrájes sacó la espada del escudo é fué en pos dél; mas el Duque volvía á él é dábale un golpe ó dos, é tornaba á huir como de cabo. Agrájes lo denostaba é seguiale, é dióle un tal golpe por cima del hombro siniestro, que le cortó el arnés é la carne é los huesos hasta cerca de los costados; así que, el brazo quedó colgado del cuerpo; y el Duque dió una gran voz, é Agrájes tomólo por el yelmo é tirólo contra sí, é como ya estaba tollido ligeramente, lo batió del caballo, quedándole un pié en la estribera, que no lo pudo sacar; é como el caballo huyó, levóle rastrando por el campo á todas partes hasta que salió dél cuanto una echadura de arco, é cuando á él llegaron halláronlo muerto, é la cabeza hecha piezas, de las manos é piés del caballo. Agrájes se tornó donde era su tío, é decendiendo del caballo, le dijo: «Señor, ¿cómo os va?—Sobrino, señor, dijo él, bien, bendito Dios, é mucho me pesa de Olivas, nuestro amigo, que entiendo que es muerto; por buena fe yo lo creo, dijo Agrájes, é gran pesar tengo dello.» Entonces fué Galvanes donde él era é Agrájes á echar fuera del campo á los sobrinos del Duque é todas sus armas, é tornóse donde Olivas yacía, é falló que se acordaba ya cuanto, é abrió los ojos á gran afán, pidiendo

confesion. Galvanes miró la ferida é dijo: «Buen amigo, no temais de la muerte; que esta llaga no es en lugar peligroso, é tanto que la sangre hayais restañada seréis guarido.—Ay Señor, dijo Olivias, falléceme el corazon é los miembros del cuerpo, é ya otra vez fui mal llagado, mas nunca tan desfallecido me sentí.—La mengua de la sangre, dijo Galvanes, lo face; que se vos ha ido mucha; mas de al no vos temais.» Entonces lo desarmaron, é dándole el aire, fué mas esforzado, é la sangre comenzó á cesar luego. El Rey envió por un lecho en que llevasen á Olivias, é mandólos el Rey salir del campo, é llevaron á Olivias á su posada, é allí vinieron maestros por le curar, é viendo la herida, aunque grande era, dijéronle que lo guarecerian, con ayuda de Dios, é plugo dello mucho al Rey é á otros muchos.

Así quedó en guarda de los maestros, é al Duque é á sus sobrinos llevaron sus parientés á su tierra, é de aquella batalla hobo Agrájes gran prez de muy buen caballero, é fué su bondad mas conocida que ante era. La Reina envió por Brandalisa, mujer del Duque, que para ella se viniese é le haria toda honra, é que trajese consigo Aldeba, su sobrina. Desto plugo mucho á don Guilan, é fué por ellas don Grumedan, amo de la Reina, é ante de un mes las trajo á la corte, donde muy bien recibidas fueron. Pues así como ois estaba el Rey é la Reina en Lóndres con muchas gentes de caballeros é dueñas é doncellas, donde antes de medio año, sabiéndose por las otras tierras la grande alteza en que la caballería allí era mantenida, tantos caballeros allí fueron, que por maravilla era tenido; á los cuales el Rey honraba é hacia mucho bien, esperando con ellos, no solamente defender é amparar aquel su gran reino de la Gran Bretaña, mas conquistar otros que los tiempos pasados á aquel sujetos é tributarios fueron, que por la falta de los reyes antepasados, siendo flojos é escasos, sojuzgados á vicios é deleites, á la sazón no lo eran; así como lo hizo.

CAPITULO XL.

De cómo Amadís se partió de la corte para ir á hacer la batalla con Abiseos y sus dos hijos, como lo prometiera en el castillo de Grovenesa á la hermosa niña Briolanja, en venganza de la muerte del Rey su padre, é llevó con él á Galaor, su hermano, é á Agrájes.

Contado vos ha la historia cómo estando Amadís en el castillo de Grovenesa, donde prometió á Briolanja, la niña hermosa, de le dar venganza de la muerte del Rey su padre, é ser allí con ella dentro de un año, trayendo consigo otros dos caballeros para se combatir con Abiseos é con sus dos hijos, é cómo á la partida la hermosa niña le dió una espada que por amor soyo trajese, viendo que la había menester, porque la suya quebrara defendiéndose de los caballeros, que á mala verdad en aquel castillo matarlo quisieron, de que, despues de Dios, fué librado por los leones que esta hermosa niña mandara soltar, habiendo gran piedad que tan buen caballero tan malamente muerto fuese; é como esta misma espada quebrantó Amadís en otro castillo de la amiga de Angriote de Estravaus, combatiéndose con un caballero que Gasinan habia nombre, é por su mandado fueron guardadas aquellas tres piezas de la espada por

Gandalin, su escudero. E agora vos será dicho cómo aquella batalla pasó, é qué peligro tan grande le sobrevino por causa de aquella espada quebrada, no por su culpa dél, mas del su enano Ardian, que con gran ignorancia erró, pensando que su señor Amadís amaba aquella niña hermosa Briolanja de leal amor, viendo cómo por su caballero se le ofreciera estando él delante, é queria por ella tomar aquella batalla.

Agora sabed que estando Amadís en la corte del rey Lisuarte, viendo muchas veces aquella muy hermosa Oriana, su señora, que era el cabo é fin de todos sus mortales deseos, vino en la memoria esta batalla que de hacer habia, é como el plazo se acercaba; así que, le convino, porque su promesa en falta no fuese, de con mucha afición demandar licencia á su señora, como quiera que en se partir de la su presencia tan grave le fuese como apartar el corazon de sus carnes, haciéndole saber lo que en aquel castillo pasara, é la promesa que hiciera de vengar aquella niña Briolanja, é le restituir en su reino, que con tan gran traicion quitado le estaba. Mas ella con muchas lágrimas é cuita de su corazon, como que levinaba la desventura que por causa della á entrambos vino, considerando la falta en que él caia si le detoviese, gela otorgó; é Amadís, tomando así mismo licencia de la Reina, porque pareciese que por su mandado iba. Otro día de mañana, llevando consigo á su hermano don Galaor é Agrájes, su primo, armados en sus caballos, fueron en el camino puestos; é habiendo cuanto media legua andado, Amadís preguntó á Gandalin si traia las tres piezas de la espada que la niña hermosa le diera, y él dijo que no, é mandó por ellas volver. El Enano dijo que las traeria, pues que cosa ninguna llevaba que empacho le diese. Esto fué ocasión por donde, siendo sin culpa Amadís é su señora Oriana, y el Enano, que con ignorancia lo hizo, fueron entrambos llegados al punto de la muerte, queriéndoles mostrar la cruel fortuna que á ninguno perdona los jaropes amargos que aquella dulzura de sus grandes amores en sí ocultos y encerrados tenia, como agora oiréis; que el Enano, llegado á la posada de Amadís, é tomando las piezas de la espada, é poniéndolas en la falda de su tabardo, pasando cabe los palacios de la Reina, desde las finiestras se oyó llamar, é alzando la cabeza, vió á Oriana é á Mabilia, que le preguntaron cómo no saliera con su señor.—Sí salí, dijo él, mas hobe de tornar por esto que aquí llevo.—¿Qué es eso? dijo Oriana. El gelo mostró; ella dijo: «¿Para qué quiere tu señor la espada quebrada?—¿Para qué? dijo él; porque la preciaba mas por aquella que gela dió que las mejores dos sanas que le dar podrian.—E ¿quién es esa? dijo ella.—Aquella misma, dijo el Enano, por quien la batalla va á hacer; que aunque vos sois hija del mejor rey del mundo é con tanta hermosura, querriades haber ganado lo que ella ganó, mas que cuanta tierra vuestro padre tiene.—E ¿qué ganancia, dijo ella, fué esa, que tan preciada es? ¿Por ventura ganó á tu señor?—Sí, dijo él, que ella ha su corazon enteramente, y él quedó por su caballero para la servir.» E dando del azote á su rocin, lo mas presto que pudo alcanzó á su señor, que bien sin cuidado é sin culpa desto su pensamiento estaba.

Oído esto por Oriana, viniéndole en la memoria que con tan gran afición la licencia Amadís le demandara, dando entera fe á aquello que el Enano dijola, su color teñida como de muerte, y el corazon ardiendo con saña, palabras muy airadas contra aquel que en al no pensaba sino en su servicio, comenzó á decir, torciendo las manos una con otra, cerrándose el corazon de tal forma, que lágrima ninguna de sus ojos salir pudo; las cuales en sí recogidas, muy mas cruel é con mas turable rigor le hicieron; que con mucha razon á aquella suerte Medea se pudiera comparar, cuando al su muy amado marido con otra, á ella desechando, casado vió; pues á esta los consuelos de aquella muy cuerda Mabilia, dados por el camino de la razon é verdad, ni los de la su doncella de Denamarca, ninguna cosa aprovecharon; mas ella siguiendo lo que el apasionado seso de las mujeres acostumbra por la mayor parte seguir, cayó en un yerro tan grande, que para su reparación la misericordia del Señor muy alto fué bien menester; y el Enano se fué por su camino hasta tanto que alcanzó á Amadís é sus compañeros, que anduvieron por su camino paso hasta que el Enano llegó; entonces se apresuraron algo mas, pero ni Amadís preguntó al Enano ninguna cosa de lo pasado, ni el Enano gelo dijo, sino tanto que le mostró las piezas de la espada. Pues yendo así como oídes, á poco rato encontraron una doncella, é despues dese haber saludado dijoles: «Caballeros, ¿dónde vais?—Poreste camino dijeron ellos.—Pues yo vos aconsejo, dijo ella, que esta carrera dejéis.—¿Por qué? dijo Amadís.—Porque há bien quince dias, dijo ella, que no fué por hí caballero andante que no fuese muerto ó llagado.—E ¿de quién reciben ese daño? dijo Amadís.—De un caballero, dijo ella, que es el mejor en armas de cuantos yo sé.—Doncella, dijo Agrájes, ¿mostrárnoslo heis ese caballero?—El se os mostrará, dijo ella, tanto que en la floresta entreis.»

Entonces continuando su camino, é la doncella, que los seguía, miraban á todas partes, é de que nada no vieron, tenían por vanas las palabras della; mas á la salida de la floresta vieron un caballero grande todo armado, en un hermoso caballo ruano, é cabe él un escudero que cuatro lanzas le tenia, y él tenia otra en la mano; é como los vió, mandó al escudero, é no sopieron qué; pero él acostó las lanzas á un árbol é fuése para ellos, é díjoles: «Señores, aquel caballero os manda decir que él hobo de guardar esta floresta de todos los caballeros andantes quince dias, en los cuales le avino tan bien, que siempre ha seido vencedor, é con sabor de justar ha estado mas de su plazo dia é medio; é agora queriéndose ir, vió que veníades, é mándavos decir que si os place con él justar, que lo hará con tanto que la batalla de las espadas cese, porque en ella ha hecho mucho mal sin su placer, é no lo querria hacer de aquí adelante, si excusar lo podiese.» En tanto que el escudero esto les decia, Agrájes tomó su yelmo y echó el escudo al cuello, é dijo: «Decilde que se guarde; que la justa por mí no fallerá.» El caballero cuando lo vió venir vino contra él, é al mas correr de sus caballos se firieron con las lanzas en los escudos; así que, luego fueron quebradas; é Agrájes fué en tierra tan ligeramente, que él fué maravillado, de que hobo gran ver-

guenza, é su caballo suelto. Galaor, que esto vió, tomó sus armas por lo vengar; y el caballero de la floresta, tomando otra lanza, fué para él, é ninguno faltó de su encuentro; mas quebradas las lanzas, é juntándose los caballos, y ellos con los escudos uno con otro, fué el golpe tan grande, que el caballo de Galaor, que mas flaco é cansado que el del otro era, en tierra fué con su señor; é quedando Galaor en el suelo, el caballo fué por el campo. Amadís, que lo miraba, comenzóse de santiguar, é tomó sus armas, dijo: «Agora se puede loar el caballero contra los dos mejores del mundo.» E fué contra él, é como llegó á don Galaor, fallólo á pié con la espada en la mano, llamando al caballero á la batalla á caballo, y él de pié, y el caballero se reía dél, é díjole Amadís: «Hermano, no os aquejéis; que ante nos dijo que se no combatiría con espada.» Despues dijo al caballero que se guardase. Entonces se dejaron ir el uno al otro, é las lanzas volaron por el aire en piezas; mas juntáronse los escudos é yelmos uno con otro, que fué maravilla, é Amadís é su caballo fueron en tierra; al caballo se le quebró la espalda, y el caballero de la floresta cayó, mas llevó las riendas en la mano, é cabalgó luego muy ligeramente. Amadís le dijo: «Caballero, otra vez os conviene justar, que la justa no es partida, pues ambos caimos.—No me place agora de mas justar, dijo el caballero.—Haréisme sinrazón, dijo Amadís.—Aderezaldo vos, dijo él, cuando pudiédes; que yo, segun lo que os mandé decir, no soy mas obligado.» Entonces movió de allí por la floresta cuanto su caballo lo pudo llevar. Amadís é sus compañeros, que así, lo vieron ir, quedando ellos en el suelo, tuvieron por muy escarnidos, é no podían pensar quién fuese el caballero que con tanta gloria dellos se habia partido. Amadís cabalgó en el caballo de Gandalin, é dijo á los otros: «Cabalgad é venid en pos de mí; que mucho me pesará si no supiere quién es aquel caballero.—Cierto, dijo la doncella, pensar vos de lo hallar por afan que en ello pusiédes, esta seria la mayor locura del mundo; que si todos los que en casa del rey Lisuarte son lo buscasen no lo hallarian en este año, si no hobiese quien los guiase.» Cuando ellos oyeron esto mucho les pesó; é Galaor, que mas saña que los otros tenia, dijo á la doncella: «Amiga, señora, ¿por ventura sabeis vos quién este caballero sea é dónde se podría haber?—Sí dello alguna cosa sé, dijo ella, no vos lo diré; que no quiero enojar á tan buen hombre.—Ay doncella! dijo Galaor, por la fe que á Dios debeis é á la cosa del mundo que mas amais, decidnos lo que dello sabeis.—No cale de me conjurar, dijo ella; que no de cobriria sin algo hacienda de tan buen caballero.—Agora demandad, dijo Amadís, lo que os pluguiere, que podamos cumplir, é otorgar se vos ha, con tanto que lo digais.—Yo vos lo diré, dijo ella, por pleito que me digais quién sois, é me deis sendos dones cuando vos los yo pidiere.» Ellos, que gran cuita habian de lo saber, otorgáronlo. «En el nombre de Dios, dijo ella; pues agora me decid vuestros nombres.» Y ellos gelos dijeron.

Quando ella oyó que aquel era Amadís fizose muy alegre, é díjole: «A Dios merced, que yo vos demandé.—Y ¿por qué? dijo él.—Señor, dijo ella, saberlo—heis cuando fuere tiempo; mas decidme si vos miembra la

batalla que prometistes á la hija del rey de Sobradisa cuando vos socorrió con los leones é vos libró de la muerte.—Miébrame, dijo él, é agora voy allá.—Pues cómo quereis, dijo ella, seguir este caballero, que no es tan ligero de hallar como cuidais, é vuestro plazo se allega?—Señor hermano, dijo don Galaor, dice verdad; id vos é Agrájes al plazo que pusistes, é yo iré buscar al caballero con esta doncella; que jamás será alegre hasta que lo falle, é si ser pudiera, tornarme he á vos al tiempo de la batalla.—En el nombre de Dios, dijo Amadís, pues así vos place, así sea.» E dijeron á la doncella: «Agora nos decid el nombre del caballero, é dónde lo hallará don Galaor.—Su nombre, dijo ella, no vos lo podría decir, que lo no sé, aunque fué ya tal sazón que le aguardé un mes, é le vi facer tanto en armas, que á duro lo podría creer quien lo no viese; mas donde él irá guiaré yo quien conmigo ir quisiere.—Con esto soy yo satisfecho, dijo don Galaor.—Pues seguidme,» dijo ella. Ellos se acomodaron á Dios. Amadís é Agrájes se fueron su camino como ante iban, é don Galaor en guía de la doncella.

Amadís é Agrájes, partidos de don Galaor, andovieron tanto por sus jornadas, que llegaron al castillo de Torin, que así había nombre, donde la hermosa niña et Grovenesa estaban; é antes que allí llegasen hicieron en el camino muchas buenas caballerías. Cuando la dueña supo que allí venía Amadís fué muy alegre, é vino contra él con muchas dueñas é doncellas, trayendo por la mano la niña hermosa; é cuando se vieron recibieron muy bien; mas dígovos que á esta sazón la niña era tan hermosa, que no parecía sino una estrella luciente. Así que, ellos fueron de la ver muy maravillados, que en comparación de lo que al presente parecía no era tanto como nada cuando Amadís primero la vió; é dijo contra Agrájes: «¿Qué vos parece desta doncella?—Páreceme que, si Dios hobo sabor de la facer hermosa, que por muy entero se cumplió su voluntad.» La dueña dijo: «Señor Amadís, Briolanja vos agradece mucho vuestra venida, é lo que della se seguirá con ayuda de Dios; é desarmáos é folgaréis.» Entonces los llevaron á una cámara, donde dejando sus armas, con sendos mantos cubiertos, se tornaron á la sala donde los atendían; y en tanto que hablaban con Grovenesa, Briolanja á Amadís miraba é parecíale el mas fermoso caballero que nunca viera; é por cierto tal era en aquel tiempo, que no pasaba de veinte años, é tenía el rostro manchado de las armas; mas considerando cuán bien empleadas en él aquellas mancillas eran, é como con ellas tan limpia é clara la su fama é honra hacia, mucho en su apostura y hermosura acrecentaba; y en tal punto aquesta vista se causó, que de aquella muy hermosa doncella, que con tanta afición le miraba, tan amado fué, que por muy largos é grandes tiempos nunca de su corazón la su membranza apartar pudo; donde por muy gran fuerza de amor constreñida, no lo pudiendo su ánimo sufrir ni resistir, habiendo cobrado su reino, como adelante se dirá, fué por parte della requerido, que dél y de su persona sin ningún entereño señor podía ser; mas esto sabido por Amadís, dió enteramente á conocer que las angustias é dolores, con las muchas lágrimas derramadas por su señora Oriana, no

sin gran lealtad las pasaba, aunque el señor infante don Alfonso de Portugal, habiendo piedad desta hermosa doncella, de otra guisa lo mandase poner. En esto hizo lo que su merced fué, mas no aquello que en efecto de sus amores se escribía.

De otra guisa se cuentan estos amores, que con mas razón á ello dar fe se debe; que seyendo Briolanja en su reino restituida, folgando en él con Amadís é Agrájes, que llagados estaban, permaneciendo ella en sus amores, veyendo cómo en Amadís ninguna via para que sus mortales deseos efecto hobiesen, hablando aparte en gran secreto con la doncella á quien Amadís é Galaor é Agrájes los sendos dones prometieron porque guiasen á don Galaor parte donde el caballero de la floresta había ido, que ya de aquel camino tornara; é descubriéndole su hacienda, demandó con muchas lágrimas remedio para aquella su tan crecida pasión; y la doncella, doliéndose de aquella su señora, demandó á Amadís, para cumplimiento de su promesa, que de una torre no saliese hasta haber un hijo ó hija en Briolanja, é á ella le fué dado, é que Amadís, por no faltar su palabra, en la torre se pusiera, como le fué demandado, donde no queriendo haber juntamiento con Briolanja, perdiendo el comer é dormir, en gran peligro de su vida fué puesto. Lo cual sabido en la corte del rey Lisuarte cómo en tal estrecho estaba, su señora Oriana, porque se no perdiese, le envió mandar que hiciese lo que la doncella le demandaba; é que Amadís, con esta licencia, considerando no poder por otra guisa de allí salir ni ser su palabra verdadera, tomando por su amiga aquella hermosa reina, hobo en ella un hijo é una hija de un vientre; pero ni lo uno ni lo otro no fué así, sino que Briolanja, veyendo cómo Amadís de todo en todo se iba á la muerte en la torre donde estaba, que mandó á la doncella que el don le quitase, so pleito que de allí no fuese fasta ser tornado don Galaor; queriendo que sus ojos gozasen de aquello que lo no viendo en gran tiniebla y escuridad quedaban; que era tener ante sí aquel tan fermoso é famoso caballero. Esto lleva mas razón de ser creído, porque esta hermosa reina casada fué con don Galaor, como el cuarto libro lo cuenta. Pdes en aquel castillo estovieron Amadís é Agrájes, como ois, esperando que las cosas necesarias al camino para ir á facer la batalla se aparejasen.

CAPITULO XLI.

Cómo don Galaor anduvo con la doncella en busca del caballero que los había derribado, fasta tanto que se combatió con él.

Don Galaor anduvo cuatro días en guía de la doncella que al caballero de la floresta le había de mostrar, en los cuales entró tan gran saña en su corazón, que no se combatió con caballero á que todo mal talante no mostrase; así que, los mas dellos por su mano fueron muertos, pagando por aquel que no conocían, y en cabo de estos días llegó á casa de un caballero que en somo de un valle moraba en una hermosa fortaleza. La doncella le dijo que no había otro lugar donde albergar pudiesen sino aquel, é que allí se fuesen. «Vayamos si quisiédes, dijo don Galaor.» Entonces se fueron al castillo, á la puerta del cual fallaron hombres é

dueñas é doncellas, que parecía ser casa de hombre bueno; y entre ellos estaba un caballero de hasta setenta años, vestido de una capa piel de escarlata, que muy bien los rescibió, diciendo á don Galaor que de su caballo descendiese, que allí se le haría de grado mucha honra é placer: «Señor, dijo don Galaor, tan bien nos acogeis, que aunque otro albergue hallásemos, no dejaríamos el vuestro.» E tomándole los hombres el caballo, é á la doncella el palafren, se acogieron todos en el castillo, donde en un palacio á don Galaor é su doncella dieron de cenar asaz honradamente; é desque los manteles alzaron fué á ellos el caballero del castillo, é preguntó paso á don Galaor si yacería con la doncella; él dijo que no. Entonces hizo venir dos doncellas, que la llevaron consigo, é Galaor quedó solo para dormir é holgar en un rico lecho que allí había; y el huésped le dijo: «De hoy mas reposad á vuestra guisa; que Dios sabe cuánto placer he habido con vos, é lo habría con todos los caballeros andantes, porque yo caballero fui, é dos hijos que tengo agora mal llagados, que su estilo no es sino demandar las aventuras, en que en muchas dellas ganaron gran prez de armas, pero anoche pasó por aquí un caballero que los derribó á entrambos de sendos encuentros, de que por muy escarnidos se tuvieron; é cabalgando en sus caballos, fueron en pos dél, é alcanzaronlo á la pasada de un río, que en una barca quería entrar; é dijéronle que, pues ya sabían cómo justaba, que de las espadas les mantuviese la batalla; mas el caballero, que de prisa iba, no lo quisiera hacer; mas mis hijos le siguieron tanto, diciendo que le no dejarían entrar en la barca, é una dueña que en ella estaba les dijo: «Cierito, caballeros, desmesura nos faceis en nos detener con tanta soberbia nuestro caballero.» Ellos dijeron que le no dejarían en ninguna guisa hasta que con ellos á las espadas se probase. «Pues que así es, dijo la dueña, agora se combatió con el mejor de vos, é si lo venciere, que cese la del otro.» Ellos dijeron que si el uno venciese, que también le convenia probar el otro, y el caballero dijo entonces muy sañudo: «Agora venid ambos, pues por al de vos partir no me puedo; é puso mano á su espada é dejóse á ellos ir; y el uno de mis hijos fué á él, mas no pudo sufrir su batalla; que el caballero no es tal como otro que él viese; é cuando el otro su hermano lo vió en peligro de muerte quisolo acorrer, firiendo al caballero lo mas bravamente que pudo; mas su acorro poco prestó; que el caballero los paró ambos tales en poca de hora, que tollidos los derribó de los caballos en el campo; y entrando en su barca, se fué su via, é yo fui por mis hijos, que mal llagados quedaron; é porque mejor creais lo que vos he dicho, quiérovos mostrar los mas fuertes y esquivos golpes que nunca por mano de caballero dados fueron.» Entonces mandó traer las armas que sus hijos en la batalla tovieron, é Galaor las vió tintas de sangre é cortadas de tan grandes golpes de espada, que fué dello mucho maravillado; y preguntó al hombre bueno que armas traía el caballero; él le dijo: «Un escudo bermejo, é dos leones pardos en él, y en el yelmo otro tal, é iba en un caballo ruano.» Don Galaor conoció luego que este era el que él demandaba, é dijo contra el huésped: «¿Sabeis vos

facienda dese caballero?—No, dijo él.—Pues agora os id á dormir, dijo Galaor; que ese caballero busco yo, é si lo fallo, yo daré derecho dél á mí é á vuestros hijos, ó moriré.—Amigo, señor, dijo el huésped, yo vos loaria que metiéndoos en otra demanda, esta tan peligrosa dejádes; que si mis hijos tan mal lo pasaron, su gran soberbia lo hizo.» E fuése á su albergue.

Don Galaor durmió hasta la mañana, y demandó sus armas, é con su doncella tornó al camino é pasó la barca que ya oistes; é cuando fueron á cinco leguas de aquel lugar vieron una hermosa fortaleza, é la doncella le dijo: «Atendedme aquí, que presto seré de vuelta.» E fuése al castillo, é no tardó mucho que la vió venir, é otra doncella con ella é diez hombres á caballo, é la doncella era hermosa á maravilla, é dijo contra Galaor: «Caballero, esta doncella que con vos anda me dice que buskais un caballero de unas armas bermejas y leones pardos por saber quién; yo vos digo que si por fuerza de armas no, de otra guisa vos ni otro ninguno en estos tres años saberlo pudo, y esto vos sería muy duro de acabar, porque sed cierto que en todas las insolas otro tal caballero no se hallaría.—Doncella, dijo Galaor, yo no dejaré de lo buscar, aunque mas se encubra; é si lo hallo, mas me placiera que conmigo se combatiere que de saber dél nada por otra guisa.—Pues dello tal sabor habeis, dijo la doncella, yo vos lo mostraré antes de tercero día por amor desta mi cohermana, que vos aguarda, que me lo ha mucho rogado.—En gran merced vos lo tengo,» dijo don Galaor. Y entrando en el camino, á hora de visperas llegaron á un brazo de mar que una insola al derrededor cercaba; así que, habían de andar por el agua bien tres leguas, sin á tierra salir antes que allá llegasen; y entrando en una barca que en el puerto hallaron, juraron primero al que los pasaba que no iba allí mas de un caballero, y comenzaron á navegar. Don Galaor preguntó á la doncella por qué razón les tomaban aquella jura.—Porque así lo manda, dijo ella, la señora de la insola donde vos vádes, que no pase mas de un caballero hasta que aquel torne ó quede muerto.—¿Quién los mata ó vence? dijo don Galaor.—Aquel caballero que vos demandais, dijo ella, que esta señora que vos digo consigo tiene bien há medio año, al cual ella mucho ama; é la causa es que seyendo en esta tierra establecido un torneo por ella y por otra dueña muy hermosa, este caballero que de tierra extraña vino, seyendo de su parte, lo venció todo, é fué dél tan pagada, que nunca folgó fasta que por amigo lo hobo; é tiénelo consigo, que lo no deja salir á ninguna parte; é porque él ha querido algunas veces salir á buscar las aventuras, la dueña, por lo detener, fácele pasar algunos caballeros que lo quieren con que se combata, de los cuales da las armas é caballos á su amiga, é los que han ventura de morir entiérralos, é los vencidos échanlos fuera; é dígoos que la dueña es muy hermosa é ha nombre Corisanda, é la insola Gravisanda.» E don Galaor le dijo: «¿Sabeis vos por qué fué este caballero á una floresta donde lo yo fallé, y estuvo hí quince días guardándola de todos los caballeros andantes que en ella estaban?—Si, dijo la doncella; que él prometió un don á una doncella ante que aquí viniese, é mandó que guardase aquella flo-